

La voz de Hugo Gutiérrez Vega

Fernando Serrano Migallón

Hombre de numerosas pasiones, Hugo Gutiérrez Vega supo conjugar la creación artística con el compromiso político a lo largo de una trayectoria vital que lo mismo se manifestó en la diplomacia, la gestión pública, la actuación en los escenarios y la edición. Sobre todo, el autor de Peregrinaciones, fallecido en septiembre de 2015, a los 81 años de edad, fue fiel al riguroso camino de la poesía.

Pocos intelectuales mexicanos han tenido tantas pasiones a lo largo de su vida y han cubierto tantos intereses como Hugo Gutiérrez Vega.

Le gustaba definirse como actor, lo que desde luego fue, pero ese simple calificativo limita su trabajo, y sobre todo su personalidad.

Si bien es cierto que sus mayores desvelos y sus más fuertes pasiones los dedicó a la actuación y al teatro, también lo es que dejó los escenarios para saltar desde ellos a la vida real.

Fue un hombre de pensamiento y de acción. En el campo creativo debemos recordarlo como poeta, como un poeta vital que reunía al mismo tiempo otros gustos literarios; junto a la poesía era también actor, orador, articulista, memorialista, pero, sobre todo, gran conversador.

Todas estas actividades tenían un sustrato común, en todas ellas contaba como elemento esencial la voz;

magnífico orador, apasionado y cautivador, tenía en la palabra un arma precisa y un medio rico y certero para transmitir su pensamiento y el de los autores. Era para él un medio que le permitía crear y recrear el arte y ponerlo al alcance de los demás; afirmaba, como Gorostiza, que “así como Venus nace de la espuma la poesía nace de la voz”.

Fue un teórico del fenómeno poético y puso, él mismo, el ejemplo de claridad, brevedad y capacidad de condensación lírica que le permitió dejarnos una obra llena de originalidad, lucidez metafórica y sinceridad.

Tenía facultades que difícilmente se dan en una sola persona: decisión firme para acercarse al público y una facilidad natural para entender y comunicarse con quienes lo escuchaban; con un oído fino y excepcional sabía escuchar, pero sobre todo entender lo que los demás querían decir para identificarse, así, con los deseos del público. Por eso su comunicación era rica, fértil y fácil.

Nunca sacrificó su actividad creadora en aras de la política. La política práctica le interesó y participó en ella pero estaba justamente convencido de que eran ámbitos distintos que no debían entremezclarse.

Sabía que lo que tenía entre manos era serio y sensible, y sin embargo nunca perdió ni sencillez ni franqueza.

Su cultura y facilidad de palabra hacían sus conversaciones llenas de anécdotas, citas literarias, teatrales, cinematográficas e históricas. Quienes tuvimos la suerte de compartir con él lo recordamos como un verdadero oasis de satisfacción erudita y estética.

Con decisión se dedicó a buscar la verdad e intentar entre los diversos caminos políticos el que él pensaba que le permitiría desarrollarse de acuerdo a su conciencia.

Se apoyaba en la Filosofía y en la Historia para establecer compromisos éticos o políticos; al mismo tiempo, sin que estos perdieran seriedad y firmeza, los llevaba a cabo con desparpajo y alegría.

De esta manera lograba una curiosa unidad entre la libertad y la alegría, entre la seriedad y la espontaneidad que hacían que viviera permanentemente entre el pasmó y la sorpresa del observador y el optimismo y el júbilo del poeta.

Siempre estuvo atento al amor, a la alegría y, como buen optimista, a un futuro mejor, pero jamás pudo sobreponerse a la desigualdad, a la injusticia y al dolor frente a la tragedia y los problemas humanos.

En tiempos dolorosos, agobiado por las más lacerantes contradicciones, por la corrupción, la violencia homicida, la pobreza extrema, la injusticia, la demagogia redentorista y el aumento de los fundamentalismos seguía defendiendo a la política y a la democracia como métodos de solución. Al mismo tiempo exigía a los políticos y a los empresarios, a los partidos y a los intelectuales, la obligación de ser honestos y tolerantes. Cumplía con el deber de pensar siempre en los demás.

Participó en la vida pública y en la actividad política como un activo analista y un sagaz crítico de su entorno.

En la administración desempeñó cargos de gran significación: rector de la Universidad Autónoma de Querétaro, director de la Casa del Lago y director general de Difusión Cultural, estos dos últimos en la UNAM.

En todas estas actividades dejó su impronta. En Querétaro sigue siendo un punto de referencia la creación de los Cómicos de la Legua y en la UNAM sus puestas en escena son antológicas y de recuerdo imperecedero para los que las vimos; alguna de ellas lo obligó a presentar su renuncia por romper con una falsa moral y con costumbres que ya en ese momento eran obsoletas.

De su larga, destacada y digna trayectoria diplomática, podemos afirmar que siempre fue llevada con prudencia y precisión. Supo compaginar la rigidez del mun-

do diplomático con su carácter antiprotocolario y sus convicciones para cumplir con el deber.

Son dignos de mención dos hechos, ejemplos claros de esa actitud: el primero en España, cuando como agregado cultural de la embajada y ante la ausencia del embajador fue invitado a participar en un homenaje a Manuel Azafía en el aniversario de su muerte. Asistió y como consecuencia fue convocado al Ministerio de Asuntos Exteriores para recibir el extrañamiento del gobierno español, a lo que respondió que el homenajeado había sido jefe de Estado de un país amigo de México que finalmente había muerto en territorio formalmente mexicano, y que había sido expulsado del suyo por sus compatriotas.

Otra respuesta sencilla, clara y firme fue la que le hizo al gobierno de Venezuela cuando, a pesar de ser invitado por ese mismo gobierno presidido por Maduro, se entrevistó y le dio su apoyo al poeta disidente Rafael Cadenas.

Hombre prolífico, aunque las cifras no digan gran cosa, excepto que reflejan su vocación por el trabajo. Dejó muchas y variadas obras en verso y 36 en prosa, algunas de ellas traducidas a diez idiomas.

Hombre de cerca y de lejos, compaginó el amor a su terruño y el recuerdo permanente a Lagos de Moreno y, con su espíritu generoso, abierto y universal, al resto del mundo.

A su tierra volvió siempre que pudo, pero sobre todo con su creación y con sentimientos profundamente locales y filiales y al mismo tiempo fue un hombre cosmopolita, de amplia visión: se supo integrante y perteneciente a ese mundo que gracias a su inteligencia tuvo siempre al alcance de sus manos.

Amaba colaborar en grupo pero siempre distanciado de capillas y cónclaves intelectuales. Supo cultivar grandes amistades, notables las de Juan José Arreola, Adolfo Castañón, Carlos Monsiváis y Guillermo Sheridan entre los mexicanos y Ezra Pound y Rafael Alberti entre los extranjeros.

Hombre de gran cultura y apasionada lectura, aceptaba las influencias de todos sin dejar de ser él mismo. Hombre de cultura académica y popular tuvo grandes y estrechos lazos con ambas y nunca cayó en el deterioro de lo que Marcuse llamaba: "la cultura comercial".

Su presencia siempre alegraba las reuniones a las que asistía que nos llenaban de sabiduría.

Siempre, como le dijo Rafael Alberti, su voz:

Hermosa voz, a veces desolada
y a tientas, aunque siempre
capaz de volver clara, pura y joven.

Así lo recordaremos siempre con una voz clara, pura y joven. **U**